

una muralla de cadáveres. Tres veces, con el hacha del abordaje en sus manos, rechazó á los ingleses, que habían invadido la mitad de su puente, tres veces los lanzó al mar. Herido en el brazo izquierdo, aun combatía con el derecho. Otro balazo le rompe la pierna, lo conducen al entrepuente para contener la sangre, pero dejando las aberturas del *Pluton* paso á la metralla hasta aquel asilo de los heridos, una bala le traspasa el corazón, y lo arroja muerto á los brazos de los que le sostenían. Su navio no se rindió sino despues de ser ya cadáver. Otros ocho sucumbieron con él.

El almirante Gravina, que mandaba en jefe la escuadra española, cae herido de un golpe mortal defendiendo con la sangre fria de su raza y de su nacion el navio *Principe de Asturias* y el honor del nombre español, ilustrado por tantos otros soldados y marinos en Trafalgar. La tripulacion del *Aguiles*, el último de los navios de Villeneuve, que lucharon hasta la desesperacion, habia dejado durante el combate que prendiesen el fuego en sus puentes superiores; consagrado esclusivamente á lanzar la muerte contra el enemigo por sus baterias rasantes, no se ocupaba de la muerte que tronaba sobre su cabeza, y de las llamas que devoraban ya sus puentes y sus mástiles. La explosion era inminente; los navios ingleses se retiraban horrorizados y espantados huyendo de sus destrozos.

Los marineros del *Aguiles* continuaban disparando y arrojando al mar algunos pedazos flotantes de su navio: esperaban el postrer minuto para precipitarse al mar. El *Aguiles* estalló como un volcan en el vacío formado en derredor suyo, sepulcro voluntario de quinientos valientes. Los ingleses, fieles á la orden del dia de Nelson, no permitieron que el odio sobreviera al combate, y recogieron la tripulacion sumergida en sus lanchas. Aquel trueno terminó la batalla en el centro de la accion.

El contra-almirante Dumanoir que podia reanimarla y tal vez disputar el honor de ella, se replegó lentamente con sus cuatro navios de alto bordo, cabeza de línea que no habia disparado un cañonazo; contentóse con prolongar la línea de los navios ingleses, medio desamparados tambien, y saludarlos con algunas andanadas, retirándose intacto y sin gloria del campo de batalla. No tuvo ni la fortuna de salvar aquellos navios que pensaba conducir á Brest, pues la escuadra Casuwallis los apresó antes de haber doblado el cabo de Breña.

IX.

No se percibia ya mas humo que por cima del grupo de siete navios, donde el *Formida-*

ble luchaba cual desesperado contra el *Temeraire*, y el navio almirante de Nelson.

Se ha visto ya que el capitan Lucas del *Formidable*, pegado costado con costado al *Victory*, y cañoneado de popa á proa por otros dos buques enemigos, no podia hacer fuego con las baterias del costado en que Nelson formaba con su buque una especie de muralla, y el combate, casi cuerpo á cuerpo, habia llegado á ser entre aquellos dos navios un fuego de fusileria. El puente del *Formidable*, mas alto de un piso que el del *Victory*, dominaba con su batería superior la cubierta de Nelson. Los franceses ademas habian dispersado un grupo de tiradores en sus hurras, especies de planicies suspendidas á la mitad de la altura de los mástiles, y desde donde se puede disparar, cubriéndose como desde una trinchera; las balas, escogiendo desde allí sus víctimas, llovian sobre la tripulacion inglesa, y especialmente sobre el grupo de oficiales designados á la muerte por sus insignias. El capitan Hardy acababa de ser herido despues de otros doscientos.

Nelson, señalado por sus condecoraciones y por las órdenes que se le veia dar, tenia los pies sumidos en la sangre de sus compañeros, cuando un cañonazo salido del *Formidable* le alcanza entre espalda y cuello, y lo precipita, como impulsado por una mano invisible, sobre el puente, bañado su rostro en sangre. Tres marineros y el capitan Hardy, que lo cubrian con sus cuerpos, se precipitaron para levantarlo, y él mismo, ayudándose con la única mano que le quedaba, se alzaba sobre una rodilla mirando á Hardy: «Soy muerto, amigo mio, le dijo: esta vez los franceses han acabado con Nelson.—Espero que no, respondió su amigo.—No esperes nada, replicó Nelson: la bala me ha partido la espina dorsal.» La contraccion del espíritu y el calor de la accion concentraban de tal manera la vida en su pensamiento, despues del golpe mortal, que continuaba dando órdenes á Hardy y á los oficiales inmediatos á él, mientras se le trasportaba por la escala de popa á su cuarto, y como se percibiese de que las cuerdas que hacen maniobrar el gubernalle, arriacadas por la metralla, no habian sido reemplazadas, ordenó que se pusieran nuevas.

Al pasar por el entrepuente, lleno de sus marineros, se cubrió él mismo el rostro con el faldon de su uniforme, para que su muerte no desalentase á la tripulacion. El entrepuente estaba cubierto de muertos y heridos, sobre cuyos cuerpos fué preciso abrir paso al almirante; colocósele sobre un lecho de campaña, en la habitacion de los guardias marinos. Examinada la herida, no dejó esperanza alguna á los cirujanos: ocultóse sin embargo á todo el mundo, excepto al capitan de pabellon, Hardy, para no herir á la escuadra durante el combate con el golpe que heria á su jefe y á su alma. Con vencido él mismo por la sensacion del golpe,

de que los socorros de los cirujanos le eran inútiles, mandó á estos lo abandonaran á su destino, y reservasen sus instantes y sus cuidados para aquellos á quienes pudiesen ser provechosos los auxilios. «¡Para mí vuestros socorros son inútiles!» Limitáronse, por tanto, á lavar su rostro, y á calmar con algunas gotas de agua la ardiente sed que le consumia.

Era extraño á lo que se paraba en derredor suyo, atento solo á los ruidos y sucesos de la batalla, en la cual combatía aun desde su lecho de muerte; sin cesar preguntaba sus progresos y pormenores. A cada navio enemigo que se rendia, la tripulacion del *Victory* lanzaba una aclamacion de triunfo, y á cada una de estas exclamaciones un rayo de alegria brillaba en su semblante moribundo. El capitan Hardy habia subido á su duneta para mandar el fuego y las maniobras. «¿Dónde está Hardy? decia Nelson; ¿por qué no viene? Sin duda está herido como yo, y me ocultan su muerte.» Hardy bajó al fin, despues de una hora de ausencia, cerca del lecho de muerte del héroe. Miranse con lágrimas en los ojos estrechándose las manos en medio de un largo silencio.

«¿Y bien, Hardy, dijo Nelson á su capitan; cómo se declara la jornada?—Admirablemente, respondió el comandante del *Victory*: diez navios han abatido ya su pabellon; los demas combaten uno á uno ó se dispersan. Cinco tan solo parece quieren volver y amenazan nuestro navio (eran los de Dumanoir): he llamado en nombre vuestro cinco ó seis de los nuestros para destruirlos.—Espero, dijo Nelson, que ninguno de nuestros navios habrá abatido su pabellon?» Hardy le respondió que el honor de la escuadra vencedora estaba al abrigo de tal desastre. Tranquilo entonces respecto á su victoria, Nelson pensó al fin melancólicamente en sí propio: «Soy hombre muerto, Hardy, le dijo; me voy rápidamente. ¡Antes de poco Nelson habrá dejado de existir!» Su amigo le dió aun algunas vagas esperanzas, y estrechando de nuevo su mano ya fria, subió despedazado el corazón, á su puesto sobre cubierta

XI.

Nelson conversó entonces respecto á su estado con el médico, que estudiaba todos los síntomas de la vida y de la muerte en las sensaciones del herido. «Siento aqui algo, le dijo Nelson poniendo su mano sobre el corazón, que me anuncia mi próximo fin.—¿Padeceis mucho? le preguntó el médico.—Bastante, respondió el herido, para que la muerte me parezca un alivio, aun cuando sin embargo, añadió con voz mas sorda, todo el mundo desea vivir un momento mas. ¡Ah, qué seria de la pobre

lady Hamilton si pudiese saber el estado en que me encuentro lejos de ella!» Su patria, su gloria, su fatal amor se disputaban sus últimos pensamientos.

Un instante despues Hardy bajó de nuevo con un semblante mas alegre, y cogiendo la mano de Nelson, le anunció al fin la victoria incontestable ya y completa. No podia aun, sin embargo, decir exactamente al almirante cuantos navios enemigos formaban los despojos de su triunfo; pero pensaba que al menos habia ya catorce ó quince navios entregados.—«¡Stá bien: es un bello resultado, exclamó Nelson; no obstante, añadió con cierta pena, aludiendo á su conversacion de la mañana con Black-Wood, yo habia apostado que serian veinte.» Despues, alzando la voz y precipitando las palabras: «Echad el ancla, Hardy, le dijo: abrigad la escuadra antes que llegue la noche.»

Hardy le dió á entender que este cuidado pertenecia ya á Collingwood, á quien su rango designaba el mando de la escuadra. «No, no, mientras yo respire no le pertenece, dijo con autoridad el almirante haciendo un esfuerzo para sentarse. Seguid mis órdenes; anclad: el ancla antes de la noche. ¿Os preparais á hacerlo?...» Habia previsto desde el amanecer una tempestad temible para los vencedores y los vencidos en la inmediata noche, y el pensamiento de poner la escuadra en seguridad despues del combate, le asediaba sin cesar.

«No arrojéis mi cadáver al mar, añadió á Hardy; deseo reposar cerca de los míos en el cementerio del pueblo de mis padres; á menos, añadió pensando en los sepulcros de los héroes en Westminster, que no sea la voluntad de mi rey y de mi país disponer de otro modo de mis mortales restos. Pero sobre todo, mi querido Hardy, continuó con una ternura que la aproximacion de la muerte redoblaba, ¡oh! ¡sobre todo, tened cuidado de lady Hamilton, velad, Hardy, sobre la infortunada lady Hamilton!»

Despues de un momento de silencio, y como para recibir de su amigo una prenda de la ejecucion de sus últimos votos: «Abrazadme, Hardy, le dijo.—Hardy se inclinó y besó su megilla.—¡Bien! dijo Nelson, ahora estoy tranquilo: gracias á Dios, TAMBIEN YO HE CUMPLIDO MI DEBER.» Hardy, viendo que se cerraban sus párpados, permaneció todavia un momento escuchando la respiracion pensosa y rápida del moribundo: inclinóse de nuevo sobre el lecho y besó la frente del héroe. «¿Quién es?» exclamó Nelson entreabriendo sus ojos. «Es Hardy que se despide de vos.—Dios os bendiga, Hardy,» balbuceó, procurando divisar el rostro de su amigo á través de las tinieblas de la muerte. Hardy subió á su puesto y no lo vió ya vivo.

XII.

El sacerdote oraba al pie de su lecho de muerte; Nelson lo vió y le hizo una señal de

reconocimiento, « ¡Ah! he sido un gran peccador. » Después de un largo silencio: « ¡Acordaos, dijo al sacerdote, que he legado la pobre lady Hamilton y mi hija Horacia á mi patria! » Cayó al fin en un vago ensueño durante el cual se agitaban sus labios para articular palabras incompletas, en que los nombres de Emma, de Horacia, de patria, morian sin terminar en su boca. Después, haciendo un supremo esfuerzo, repitió distintamente tres veces las últimas palabras de su orden del día á la escuadra, aplaudiéndose las gloriosamente á sí propio: « ¡Gracias á Dios, YO HE CUMPLIDO CON MI DEBER! » y espiró valerosamente como había vivido.

Eran las cuatro y media de la tarde, y el último cañonazo resonaba en el mar: una salva contra el enemigo arrancaba su alma del campo de batalla, y lo saludaba en la posteridad que empezaba para el héroe.

XIII.

La noche y la tempestad se encargaron de terminar su victoria, pero el mar le disputó el precio de ella. Seis navios sin velas, sin mástiles, como los de los españoles y franceses, llevaban en sus cascos y en sus tripulaciones diezmas la espion de su triunfo. Apenas podian moverse en el oleage, que arreciaba con el viento de la tarde. El almirante Collingwood, que había tomado el mando de aquellos restos y cubierto sus buques con el duelo que llevaba en su alma, en vez de aclar la escuadra como Nelson moribundo lo había proféticamente recomendado, empleó lo restante del día en sujetar los diez y siete navios que se habían entregado durante la victoria y en perseguir á los demas. La tempestad y las tinieblas le sorprendieron en esta persecucion.

El mar, el viento, el rayo, los escollos, hicieron aquella noche, el día y la otra noche que le siguió, mas terribles que la batalla misma. Los elementos conjurados se burlaron durante sesenta horas de aquellas tres flotas que la víspera cubrian con sus velas y banderas el Océano. Una parte de los navios apresados por Nelson, separados por las poderosas olas de los navios ingleses que los escoltaban, amarrados á sus cables, rompieron estos cables y se fugaron, arrojándose contra los escollos de Trafalgar. El *Bucentaure* pulverizado al chocar contra las rocas, el *Indomptable*, rotas por la noche sus anclas, ilumina él mismo con sus fanales encendidos en el puente su fúnebre carrera hácia la costa, y se sumerge con su tripulacion toda, no oyéndose mas que un grito terrible desde la roca llamada la *punta del Diamante*.

Collingwood, temiendo perder todos sus roleos, incendió él mismo en el mar la *San-*

tísima Trinidad, la mayor hoguera flotante que haya visto el mar. Arrojó en ella los tres navios de tres puentes españoles, el *San Agustín*, el *Argonauta* y el *Santa Ana*, y el *Berwick* se sumergió él mismo con toda su gente. Los otros flotaron al azar y fueron á encallar de bahía en bahía sobre las costas de Africa ó de España. El almirante inglés condujo penosamente los restantes á Gibraltar, encadenados al férretro de Nelson. Las velas de su patria reinaron solas durante largos y tristes años, sobre el Océano y el Mediterráneo. Mientras que Bonaparte conquistaba con sus armas la Europa occidental, Nelson había asegurado el mundo marítimo á su patria.

XIV.

El almirante Villeneuve, cautivo en Inglaterra, tembló ante la magnitud del desastre que había profetizado, pero que la acusacion de cobardía arrojada á su nombre por Bonaparte, le había hecho temerariamente afrontar. Bajo pretexto de estudiar la estructura del cuerpo humano, para ocupar los ocios de su prision, estudiaba friamente, con un hombre científico, el lugar y la organizacion del corazon. Cuando estuvo seguro de acertar, se abrió el corazon con una larga aguja que se clavó en él. Espiró como Séneca, con una muerte lenta, voluntaria y casi dulce, para impedir la vergüenza de vivir ó el suplicio de un tirano. Probó así á sus calumniadores y á su insultador con aquella muerte, como lo había probado en la batalla, que lo que mas había temido en aquellos encuentros desiguales, no era la muerte para sí propio, sino la derrota para su país.

XV.

La alegría de la mayor victoria naval, se vió consternada por el dolor que la muerte de Nelson causó á Inglaterra. La dominacion esclusiva de los mares pareció apenas á los ingleses una compensacion igual á la pérdida de su gran marino. Los colores de duelo cubrieron todos los buques, todos los puertos y todas las casas de Inglaterra, y su férretro fué el carro triunfal de la muerte. La multitud que asistió al desembarco de aquel férretro traído por el *Victory*, pulverizó en pedazos la primera caja de cedro que rodeaba la urna de plomo, y se distribuyeron aquellas reliquias como las del dios mortal de la patria. Decretáronse funerales nacionales y le fueron votados monumentos imperecederos. Sus estatuas se alzaron en

todas las grandes ciudades del reino. La nacion toda asistió á sus exequias y acompañó sus manes desde Greenwich hasta Westminster. Los sollozos sofocados de dos millones de hombres á su paso, fueron las aclamaciones de aquel triunfo del pesar.

El mismo Támesis parecia haber cubierto de negro sus ondas. Miles de embarcaciones, empavesadas de negro, seguian á la de su flotante catafalco, avanzaban lentamente al impulso de los remos cubiertos de paño negro, y manejados por marineros vestidos de negro. La música fúnebre se veia interrumpida por el cañon de los funerales. Los artilleros del *Victory* lo llevaban en sus brazos entrelazados hasta su tumba inmortal, bajo las bóvedas de Westminster. En el momento en que, segun la costumbre de las exéquias de los almirantes, bajaron su bandera con su cuerpo al sepulcro, los marineros del *Victory* se precipitan sobre aquella bandera, la desgarran piadosamente en pedazos mil, y se la reparten para conservar por siempre sus pedazos como un talisman de la patria. El reconocimiento de los pueblos es la emulacion del heroismo. La Gran Bretaña, mas grande en esto que Atenas y que Roma, multiplica sus grandes patricios, con honrarlos.

Concedió al hermano querido de Nelson un título de nobleza y un patrimonio de seis mil guineas de renta, diez mil guineas de renta á sus hermanas, cien mil guineas consagradas á la adquisicion de un patrimonio nacional para su familia. Lady Hamilton y su hija Horacia fueron olvidadas en aquellas munificencias y en aquellos honores. La Inglaterra no aceptó del testamento de su héroe sino lo que podia honrar su vida. Menos indulgente y mas religiosa que la Francia que celebró en Enrique IV, en Luis XIV y en Napoleon, las debilidades de los grandes, tanto ó mas que sus virtudes, la Inglaterra separa completamente, en aquellos

que la sirven, al hombre privado del hombre público; no populariza los vicios de sus héroes populares, se avergüenza de ellos y los echa un velo. La fama de Nelson espía y espia aun en Inglaterra las faltas de su vida.

El patriotismo y la decencia de esta nacion han dejado dos sombras sobre la memoria de Nelson: una mancha de vergüenza en el asesinato de Carracciolo; una sombra de inmoralidad en su amor hácia una favorita, á la que había dado los derechos y la publicidad de una esposa. Nadie ha intentado lavar estas manchas, y aparecen con tanta mas fuerza, cuanto la inmensa gloria del héroe atrae mas y mas las miradas de la posteridad y las acusaciones de la conciencia.

Lady Hamilton, reprobada por todos como la causa é inspiracion de las faltas y crímenes del Nelson, se perdió después de la muerte del héroe en la oscuridad, de la cual su belleza la hiciera salir. Cayó desde el esplendor del vicio en la indiferencia, y de la opulencia en la miseria.

Un día, veinte años después de la muerte del asesino de Nápoles y del héroe de Trafalgar, se supo que una muger desconocida, dotada de los vestigios de una admirable belleza que sobrevivian á los años y á las lágrimas, acababa de morir en tierra extranjera, en una aldea de las cercanias de Boulogne, en Francia, adonde había venido algunos años antes á buscar por un precio módico una oscura hospitalidad. ¡Sus papeles mostraron, después de su muerte, á los dueños de su casa, que aquella muger pobre y desconocida era lady Hamilton, la viuda de un embajador, la favorita de la reina de Nápoles, la querida de Nelson! Fué sepultada por la caridad pública. Nelson, al nombrarla en su testamento, solo le había legado el escándalo de su amor y la cólera de su patria.